

Carlos Salem



EL ÚLTIMO CASO DE JOHNNY BOURBON

(Pero sigo siendo el rey 2)



El último caso de Johnny Bourbon

Carlos Salem

Para Nahuel y África.

Para Pere Sureda, viejo roquero que nunca se rinde.

Y para Carmen R. Santana. Creo que si Arregui avanza hacia algún sitio, es sitio porque ella lo espera.

«Esa noche me detuve a escribir unas páginas que intentaran decirme quién soy y qué me propongo, pero fracasé de nuevo como cada vez que me abordo a mí mismo. Vivimos esperando algo grandioso y eso nos mantiene en pie.»

Oswaldo Soriano. *La hora sin sombra.*

ÍNDICE

- 1/ La Dalia Roja
- 2 / El viaje de su vida
- 3/ El mapa de los balcones
- 4/ Un hombre al borde de sí mismo
- 5/ Es otra cosa
- 6/ Antes que nada, un hijo
- 7/ El corazón de Jesús
- 8 / Un ramito de jacintos
- 9 / De joven promesa a vieja gloria
- 10 / Dormir mucho y soñar poco
- 11/ Por eso se hundió el *Titanic*
- 12/¿ Cuánto vive una oveja?
- 13/ Una sonrisa perdida
- 14 / Un hombre a contracorriente
- 15 / Dinosaurios
- 13/ Leonard Cohen y canto tirolés
- 14/ Un harén de una sola mujer
- 15/ Con flores o sonrisas
- 16/ Pequeñas y grandes muertes
- 17/ Mejor, el de acero

- [18/ La luna aprueba](#)
- [19/ Dos balas, dos nubes](#)
- [20/ Fantasmas nuevos](#)
- [21/ Muebles de IKEA](#)
- [22/ Gafas oscuras y gabardina](#)
- [23/ El asesor del asesor](#)
- [24/ Cambiar el logotipo](#)
- [25/ Igual que en la tele](#)
- [26/ El retorno del vasco loco](#)
- [27/ Un completo gilipollas](#)
- [28/ A lo Agatha Christie](#)
- [29/ Una mujer al final de sí misma](#)
- [30/ Palabra de Johnny Bourbon](#)
- [31/ Para qué](#)
- [32/ Cuando llega El Miedo](#)
- [33/ Dejarse encontrar](#)
- [34/ La hora sin sombra](#)

Siempre llego demasiado tarde o demasiado temprano a los lugares donde ya nadie me espera. Me niego a consultar el reloj de plástico en mi muñeca para conocer la hora. Sería un insulto a la placidez de los gatos que reinan en el cementerio y saben que el tiempo, como suele decir un casi amigo mío, era otra cosa.

En todo caso el sol, que tiene algo de gato recostado allí arriba, dice que es mediodía.

La hora sin sombra.

El momento en el que Peter Pan descansa y el capitán Garfio sueña con hacerse unas botas de piel de cocodrilo para pisar sus propios miedos.

El mediodía tiene algo de frontera.

Si miras hacia delante o hacia atrás, no adviertes diferencias.

Y siempre hay diferencias.

Yo estoy vivo, aunque desorientado.

Tú estás muerta.

1/ La Dalia Roja

La mitología de la novela negra y el cine del mismo tono llevan décadas convenciéndonos de que las rubias son portadoras de líos y las pelirrojas llevan la tragedia enredada en sus melenas.

Se equivocan.

Las verdaderamente peligrosas son las muchachas de pelo verde.

La primera vez era lunes, y la vi venir a tiempo.

Yo asomaba por la puerta de mi despacho y un taconeo demasiado festivo me detuvo. Entorné la hoja de cristal traslúcido y la vi doblar el pasillo que viene desde la recepción de la agencia.

Delgada pero con curvas.

Piernas largas y el paso inexacto de quien va pensando en otra cosa.

En demasiadas cosas.

Llevaba una minigabardina de vinilo rojo, un bolso muy pesado para sus hombros y una boina negra y ladeada, que le afrancesaba el rostro y le quitaba unos cinco años a sus casi treinta.

Tenía el pelo verde.

Retrocedí, cerré la puerta y me pegué a la pared.

Su silueta se recortó borrosa contra el cristal y el puñito golpeó con timidez.

—¿Señor Arregui? —dijo la voz pequeña, propia de quien llama a un lobo del mismo modo que a un cachorrito—. Necesito hablar con usted, por favor. Es un asunto de vida o muerte.

En mi oficio, cuando alguien te dice eso, por lo general se trata de localizar a un marido que no quiere ser localiza-

do, recabar datos para la disputa de una herencia dudosa, o un prosaico caso de cuernos.

Odio los casos de cuernos.

Si el cliente (o la clienta) acierta con sus sospechas y se las confirmas, te mira como si fuera culpa tuya.

Y si le aportas pruebas de que su pareja no tiene ninguna relación clandestina, creen que no has hecho bien tu trabajo, cuando, si hicieran bien su propio trabajo sentimental, no tendrían de qué preocuparse.

—¿Señor Arregui? —repitió la vocecilla.

Yo callé, como un cobarde, mientras repetía mentalmente: pelo verde, pelo verde, pelo verde, pelo verde, pelo verde.

Estudí los rodapiés del despacho, en busca de una hormiga.

En un tiempo, sembraba los rincones de migas de pan empapadas en agua y azúcar, para convocarlas. Pero desde que en verano hicieron la desinfección anual de las oficinas, me siento un poco más solo.

—Me voy, señor Arregui —se dio por vencida—. Pero volveré.

Y yo sentí lo que habrán sentido los japoneses cuando MacArthur pronunció esa misma frase en 1942. El tozudo general yanqui cumplió su amenaza. Y la chica del pelo verde también lo haría.

Como corresponde a un hombre de mi historial, habituado al peligro, esperé una hora y media antes de salir de mi escondite.

Mariana, la secretaria, se había marchado a comer y me ahorró el trabajo de regañarle por dejar pasar a un cliente a mi despacho sin avisar.

Tampoco le habría dicho nada.

Desde hace seis años mantiene una relación sentimental con Máximo Legrand, mi socio, y aunque ella se sigue comportando como siempre, yo no acabo de hallar la manera de tratarla.

Supongo que no me incomoda tanto que Legrand le doble la edad, como el hecho de que están enamorados.

Los enamorados creen que solo ellos respiran de verdad y en todo encuentran motivo para la maravilla. Resultan agotadores.

Max y Mariana mantienen el tipo en la agencia, pero fuera no se sueltan de la mano ni para rascarse la nariz.

No exagero.

Solemos quedar a tomar una copas en el Malone y los he visto, a él mover apenas la nariz, y a ella, alzar las manos entrelazadas para rascársela sin soltarse.

Empalagan.

Y me provocan cierta envidia.

Mucha.

Yo quería ser así con Claudia, pero no podía.

No sabía.

Cuando a uno le cuesta expresar sus sentimientos, en lugar de hacer algo al respecto, se dedica a lamentarlo como si dijera «es que yo soy así» y lo sigue haciendo hasta que es demasiado tarde.

Después de que Claudia muriera, hace ya casi once años, he pensado muchas veces en todas las tonterías que me hubiera gustado compartir con ella.

Pero ya no podía.

Siempre llego demasiado tarde o demasiado temprano.

Como el día en que la mataron.

Pero eso es otra historia.

Siempre es otra historia.

2 / El viaje de su vida

Fue una semana rara.

De llamadas raras y visitas inesperadas.

Ya casi me había acostumbrado al trabajo rutinario del despacho, y la inminencia de mi cincuenta cumpleaños me tenía bloqueado.

Hubiera sido inútil hablar del asunto con mi socio.

Máximo Legrand me hubiera dicho, como siempre, que yo estaba hecho un chaval, que ya quisiera uno de treinta y cinco estar tan en forma, y que lo que tenía que hacer era dejarme de ligues y volver a enamorarme, que lo de Olivia (él también la seguía llamando así) no había sido del todo culpa mía.

Así que llevaba días tratando de evitarlo a él y a Mariana, aunque nada me salvaría de la comida de cumpleaños del viernes.

Después de comer, me sorprendió la llamada al teléfono fijo de casa.

No era domingo, sino lunes.

Solo una persona usa ese número y solo llama en domingo.

Un domingo al mes.

Mi padre.

Descolgué, afligido:

—¿Aita? ¿Ha ocurrido algo?

—Sí, coño, que te haces más viejo. Feliz cumpleaños, Txema.

Suspiré alejando el teléfono de mi cara. Si algo no soporta mi padre es que me preocupe por él. Se cree de piedra, como el caserío en el que vive la mayor parte del tiempo, aunque el piso de Donosti es mucho más cómodo.

—Te has quedado mudo, joder. ¿Es que si te llamo más de una vez al mes te acojonas, hijo? ¿O estas retozando con una de tus putillas?

Ni siquiera le dije que faltaban cinco días para mi cumpleaños.

Era raro que mi padre se mostrara tan locuaz.

Desde la muerte de Claudia manteníamos la costumbre instaurada por ella de hablar una vez al mes, pero rara vez pasábamos del intercambio de monosílabos.

Tampoco se metía en mi vida privada ni me preguntaba por mujeres. Después de Claudia, nunca le presenté a las pocas y abnegadas muchachas que intentaron abrirse un hueco en mi vida (ni siquiera a Olivia), porque sabía que no lo conseguirían y que el aita jamás las aceptaría.

De alguna manera, él también guardaba luto por mi novia muerta.

—Echaba una siesta, algo propio de mi edad avanzada. Y solo.

—Pues más tonto que eres, hijo. Si yo conservara tu estampa y estuviera en Madrid, vamos... Que me hinchaba. Bobo o no, eres un Arregui. Y ya sabes que venimos bien armados de fábrica.

Eso sí que era raro. ¿Mi padre haciendo bromas sexuales?

Me pregunté si tanta soledad en el caserío no había acabado por volver de piedra su cerebro. Pero solo estaba buscando la forma de decirme algo.

—En fin, tú mismo... Cuando el señorito madrileño se digne a venir por aquí, te espera tu regalo.

—¿Por qué no me lo traes tú? Hace mucho que no vienes por Madrid...

—Quita, quita, demasiada gente y demasiados madrileños por ahí. Pero hablando de viajes, ¿por qué no te regalas uno, Txema?

—¿Un viaje? ¿Adónde?

—A donde sea, joder. A donde te apetezca. La vida pasa, hijo. Y cuando quieres caer en la cuenta, ya no tienes ganas ni fuerzas para viajar.

—Pero si yo viajo mucho, por trabajo...

—No me refiero a esos viajes como mamporrero de la policía o los ricachones de la capital, hijo —se impacientó—, sino al viaje de tu vida, el Viaje con mayúsculas, ese que o lo haces o se te queda cara de gilipollas para siempre. Haz el viaje con Claudia...

Comencé a sudar.

Mi padre había perdido la razón.

—Aita, es que...

—No me trates como a un imbécil, Txema. Ya sé que Claudia murió hace años y tú no estabas con ella para protegerla. Por eso lo digo. Seguro que os quedó un viaje por hacer, uno de esos planes que vas postergando y cuando quieres acordarte, ya es tarde. Y tú eres experto en llegar tarde.

«Siempre igual —pensé—. Por más años que pasen, jamás me perdonará haberme hecho policía, ni dejará que olvide que Claudia estaría viva si yo no le hubiera fallado.»

Quise decir algo, pero él me ganó de mano.

Su tono era cariñoso.

—Piensa, hijo. Seguro que le debes a Claudia un viaje, para dejarla ir del todo.

Y colgó.

Más tarde, mientras conducía hacia el despacho, me dije que, senil o no, mi aita tenía razón.

Yo le debía un viaje Claudia.

Pero si lo hacía sin ella, más que un viaje sería un calvario.

3/ El mapa de los balcones

¿Por qué lo haces?

Deambular por La Latina después de cenar bien y demasiado en El Camoatí.

Una copa solitaria en la terraza del Café del Nuncio.

En realidad dos copas y ninguna de lo que sueles beber, esas deudas que no se pagan con resaca, Txema Arregui.

Un gin tónico de Seagrams, ahora que todas las mujeres que te (casi) gustan beben Puerto de Indias, pero a Olivia (Siempre vas a llamarla Olivia aunque jamás la vuelvas a llamar) herida fresca, le gustaba con Seagrams.

Y otra de un ron robusto y nicaragüense, ese Flor de caña que hasta el último día de tu vida olerá a la piel de Claudia.

¿Por qué esa exhibición de viudez descarada y con público, en tu propio barrio, en el que llevas años frunciendo el ceño para que nadie cruce la frontera del saludo protocolario y sin ganas?

Quizás porque el medio siglo está a punto de alcanzarte y ya no corres como antes.

O porque esa vocación de culpa callada te pesa demasiado.

O quizás no.

Acaso todo tenga motivos menos épicos.

Puede que solo estés aburrido de una vida sin sobresaltos y una agencia próspera pero que no te aporta la dosis necesaria de aventura.

Solo así se entiende que, pese al tópico, te dejaras seguir por el coche negro con cristales tintados, tan de película *noir*, y te internaras por las calles menos iluminadas, como provocando un peligro que te haga sentir vivo.

Todo eso lo entiendo, Txema.

Lo que no entiendo, lo que nunca he podido entender, es por qué, cada vez que te enfadas contigo mismo, hablas de ti como si fueras otro.

En realidad, no quiero saber por qué le seguí el juego al coche evidente, y me interné por calles cada vez más solitarias, como aquella en la que mataron a los padres de Batman.

Supongo que por todo eso.

Y por curiosidad.

Quería saber quién me seguía tan mal.

O tan bien.

Porque cuando alguien te sigue y no quiere que lo sepas, lo consigue.

Sé por qué lo digo.

De modo que coche negro, ganas de saber y de golpear a alguien si me daba la menor excusa, cincuenta años casi y siempre el mismo niño despistado que solo se asustaba de asustarse.

Por eso. Por eso hacer varias veces el mismo trayecto, como si estuviera bebido y perdido, cuando en realidad conozco cada adoquín de las calles de la Latina, su laberíntico trazado de medina castiza, y hasta el mapa aéreo de sus balcones.

Lo que no conozco, son los nombres de esas calles.

Nunca he conseguido aprenderlos, ni lo he intentado demasiado.

Pero me guían señales tan perennes como la aparente uniformidad de los árboles, tan personal cada uno de ellos en su manera de torcerse para buscar la luz entre los edificios.

Así que sí, me metí en ese callejón con nombre de santo, el santo que sea, sabiendo que ellos aprovecharían para tratar de abordarme sin testigos.

Me tambaleé un poco.

Siempre conviene parecer borracho.

Los cobardes se envalentonan con los borrachos.

Debo admitir me flaquearon bien y fueron hasta silenciosos.

Eran jóvenes y fuertes.

Tipos duros y bien entrenados.

Pero habían visto demasiadas películas.

—Alguien quiere verlo —dijo el de mi izquierda—. Un viejo amigo.

—Que me busque en Facebook —balbuceé como si me costara hablar, y luego me reí de mi propio chiste y seguí estudiando los adoquines, un borracho que no se atreve a levantar la vista para no marearse más.

—Basta de bromas —dijo el de la derecha, que quería ir de malo por la vida —Vendrá con nosotros a dar un paseo, Arregui. Será mejor que no se resista.

Levanté la cabeza y aunque jamás los había visto en mi vida, supe quién me buscaba.

Pero no lograba imaginar para qué.

El de la izquierda comenzó a decir algo conciliador.

Pero el de la derecha soltó un bufido de impaciencia y cometió el error de agarrarme del brazo y tirar.

Yo me dejé llevar aprovechando su propio impulso.

Y le di un golpe en la nariz. Seco y fuerte.

Él se llevó las manos a la cara y ese fue su segundo error.

Metí mi mano izquierda dentro de su chaqueta, mientras con la derecha lo hacía girar para que quedara entre su compañero y yo.

El de la izquierda no llegó a sacar su automática porque yo lo estaba apuntando con la de su compañero, que sangraba por la nariz.

Todo muy de cine negro.

Demasiado.

Como el aplauso acompasado y lento, burlón, que empezó a resonar desde el coche.

Antes de mirar supe que era él.

El tipo que más me había odiado cuando yo era policía.